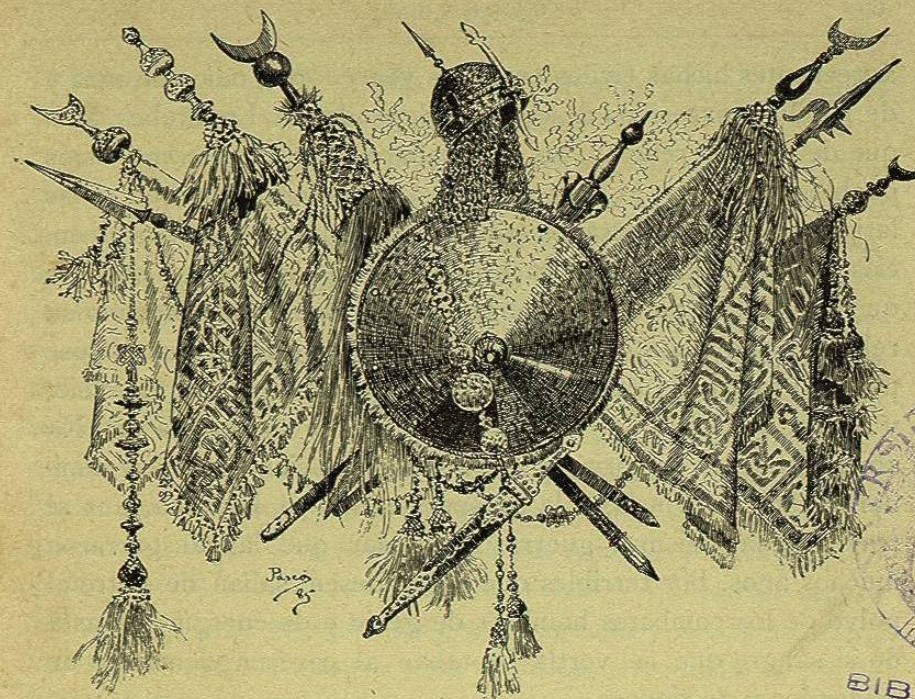




BIBLIOTECA

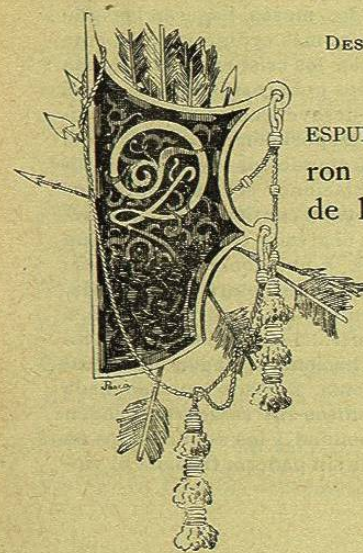


BIBLIOTECA

CAPÍTULO V

Historia de estas provincias desde la invasión de los árabes hasta la caída del califato de Córdoba

DESDE EL AÑO 714 HASTA 1031



ESPUÉS de la expulsión de los imperiales gozaron estas provincias de paz hasta la venida de los árabes. Vencidas entonces por Abdalaziz, hijo de Muza, cayeron bajo la servidumbre de este pueblo, que las tuvo en su poder por muchos siglos. Sufrieron al principio las consecuencias naturales de la guerra; pero hubieran podido en breve reponerse de sus quebrantos á no haber dado origen

á frecuentes luchas civiles entre los vencedores, odios de raza y de familia y excesivos deseos de independencía. Los árabes, aunque de distinta religión, no se ensañaron con ellas como otros pueblos invasores: ni las redujeron á verdadera esclavitud, ni las fatigaron con inmoderados tributos, ni les impusieron sus creencias, ni pretendieron arrancarles de un golpe los hábitos sociales que les habían comunicado otras naciones; les dejaron no sólo su religión, sino hasta sus leyes y sus tribunales, contentándose por de pronto con que los indígenas reconociesen su dominio, y fiando al tiempo el triunfo de la ley de su Profeta (1). No abusaron de la victoria; y bajo su dominación más bien caminaron estas provincias á la prosperidad que á la ruina, aun al través de las mismas guerras fratricidas que las desgarraron muchos años. Por terribles que estas fuesen, salían de entre el polvo de los combates hombres de genio y de energía; y hasta de la sangre que se vertía brotaban al parecer elementos de esplendor y de riqueza.

Estalló la discordia entre los árabes ya antes de terminarse

(1) En el Fuero de Coímbra dado por Alboacem, único cuyo texto ha llegado hasta nosotros, se leen en confirmación de lo dicho los párrafos siguientes: «pagarán los cristianos de mis tierras tributo doble que los moros. Pagarán las iglesias veinte y cinco piezas de plata fina por la que fuere más ordinaria, cincuenta por cada monasterio, y ciento por la catedral. Tendrán los cristianos en Colimb un conde de su nación, y otro en Goadatha, quienes los gobernarán con arreglo á las leyes y costumbres cristianas, y sentenciarán las desavenencias que sobrevinieren entre ellos: mas á ninguno darán muerte sin disposición del alcaide ó del alvacir sarraceno, ante el cual traerán al reo, manifestando sus leyes; dirá el alcaide me conforme, y matarán al culpado. En las poblaciones cortas tendrán los cristianos sus jueces que los gobiernen debidamente y sin contiendas. Si acaciere que un cristiano mate ó insulte á un moro, obrarán el alvacir ó el alcaide según las leyes de los moros. Si algún cristiano atropellare á una doncella sarracena, tendrá que hacerse moro y desposarse con ella, y si no se le matará; si es casada, se matará al reo. Si un cristiano entra en una mezquita y dice mal, sea de Alá, ó sea de Mahoma, tendrá que hacerse moro ó debe morir... Los monasterios comprendidos en mi jurisdicción disfrutarán en paz sus haciendas, pagando las cincuenta piezas sobredichas. El monasterio de la Serranía, llamado Laurbao, nada pagará, por cuanto los monjes me suelen mostrar gustosos sus cazaderos, acogen á los sarracenos, y nunca he cogido en fraude ni en maldad á los domiciliados en aquel convento; y así seguirán conservando sus fincas sin padecer tropelía ni violencia de parte de los moros.»

la conquista de la Península. Promoviéronla primero los celos de los caudillos, envidiosos recíprocamente de su gloria; fomentóla después la diversidad de castas; perpetuóla al fin el orgullo de los jefes subalternos, siempre dispuestos á desentenderse de la voluntad de los emires. Fueron estas provincias el principal teatro de las luchas que produjo la llegada de Abdelrhamán, joven omniade, que después de haber visto en Oriente el triunfo de los abassydas, vino á vengar en España la ensangrentada sombra de su familia, fundando un Imperio independiente del califato de Damasco. Desembarcó Abdelrhamán en Almuñecar, donde después de haber recibido el homenaje de los principales jeques de Andalucía, vió reunirse bajo sus pendones las tropas que le enviaron las ciudades de Elvira, Almería y Málaga. Oyó desde aquella ciudad los pasos de Yusuf y de Samail que se dirigían contra él seguidos de grande ejército y llenos de cólera y denuedo; salió al campo, y no tardó en derrotarlos al pié de Sierra Elvira, acorralándolos hasta los pequeños aduares de Granada y obligándolos á entregarle la espada y el reino por el cual peleaba. Tuvo poco después en campaña á otro enemigo más temible, á Ela-ben-Mugueit, walí de Kairuán que acababa de enarbolar el estandarte negro de los califas; y fué en la Serranía de Ronda donde después de la batalla de Badajoz y el cerco de Sidonia acabó con los restos del enemigo, que bajó precipitadamente al mar en busca de naves para el África. En esta misma sierra y en la de Antequera vino á combatirle Abdelgafir, uno de los más ardientes partidarios de los abassydas, que empezó por talar las aldeas vecinas; y aventurándose poco á poco á mayores empresas, hizo con buen éxito algunas excursiones por las costas de Almuñecar y Almería; venció é hirió al walí de Elvira, que murió desangrado; peleó con gloria frente los muros de Sevilla; puso en alarma á la misma ciudad de Córdoba, y fué al fin á morir en Écija á manos de Abdelsalem, otro walí de Elvira. Entre las peñas donde nace el Guadiaro, en la misma Serranía de Ronda, se sostuvo por algún tiem-

po con las escasas tropas que quedaban del ejército de Abdelgafir el aventurero Hafila, uno de los pocos caudillos que escaparon con vida de la jornada de Écija. Alzáronse, al fin, contra Abdelrhamán los hijos de Yusuf, Abul Aswad y Khasem; y fué principalmente la sierra de Segura la que vió su rebeldía, la ciudad de Cazlona la que presenció uno de sus mayores triunfos, las aguas del Guadalimar las que fueron testigos de su derrota y vieron anegarse en su seno centenares de fugitivos y caer en sus orillas cuatro mil cadáveres.

Para recuerdo de tan sangrientas guerras quedaron en las murallas de algunos pueblos de estas provincias las cabezas de los principales rebeldes, sobre todo las de los caudillos que murieron en Écija, fijadas según los cronistas árabes en las de Granada, Elvira y Almuñecar. Quedaron, además, las huellas de la devastación propia de toda guerra intestina, huellas que sólo podía borrar en parte el generoso y hábil gobierno del emir Abdelrhamán, uno de los mejores príncipes que gobernaron la España árabe.

Con el triunfo definitivo de este príncipe, á quien cupo recibir al fin de su vida la cabeza de Hafila, el último de sus enemigos, parecía que habían de quedar concluidas tan funestas guerras; pero desgraciadamente el mismo Abdelrhamán abrió la puerta á otras más largas haciendo nombrar al menor de sus hijos sucesor al trono. Nacieron á su muerte discordias entre el emir y sus hermanos; alzáronse éstos en abierta rebelión, y, rotos los vínculos de la sangre, dióse durante muchos reinados el escándalo de ver luchar entre sí los miembros de una familia á que estaba confiado el supremo gobierno (1). Renacieron con

(1) El derecho de primogenitura no era conocido entre los árabes. Al ver, sin embargo, Soleimán y Abdala, hijos mayores de Abdelrhamán, que les había sido antepuesto el hijo menor Heschem para la sucesión al emirato, se dieron por tan agraviados, que, apenas hubo fallecido el padre, tomaron las armas y se declararon en guerra abierta con el nuevo soberano. Pudo vencer Heschem á sus hermanos, mas no se dieron éstos por vencidos sino mientras aquél siguió reinando. Volvieron á levantarse al advenimiento de su sobrino Alhakem, sucesor de Heschem; y ya al borde de su tumba empuñó de nuevo la espada Abdala en demanda

esto los bandos, cobraron nuevos bríos la ambición de los walíes y los instintos guerreros de la muchedumbre, enarboláronse donde quiera nuevos pendones, y todo fué pronto confusión y guerra. Ardió la guerra con furor sobre todo bajo el emir Abdala, que hubo de tomar las armas contra su propio hijo, contra sus hermanos y contra el hijo de Hafsún, dueño de Toledo y de muchas ciudades del oriente de la Península (1).

Este hijo de Hafsún, llamado Kaleb, trató entonces de extender sus dominios por las provincias granadinas; y valiéndose de Obeidala-ben-Omeya, logró levantar en breve á las orillas del Guadalquivir un ejército de catorce mil soldados, á quienes acaudillaban principalmente Suar-ben-Hambdun-el-Kaisi, uno de los más poderosos caudillos de las tribus que vivían al levante

de sus pretendidos derechos al ser proclamado emir Abdelrhamán II. Estas discordias de familia fueron luégo de un fatal ejemplo. Disputáronse el poder hasta padres é hijos, viéndose no pocas veces obligados los primeros á manchar el trono con la sangre de sus propios descendientes. Cuéntanse en el número de estos padres desgraciados no sólo emires adocenados como Abdala, sino también califas esclarecidos como Abdelrhamán III, que hizo degollar en su propio palacio á su hijo menor, á quien encontró conspirando contra él por haber sido declarado sucesor al califato su hermano mayor, conocido más tarde con el nombre de Alhakem III. Á ese espíritu de rebelión debemos principalmente atribuir los hechos sangrientos que suelen empañar la historia aun de los mejores príncipes árabes. Las pasiones de emires y súbditos solían ser muy exaltadas; los vínculos de parentesco, mucho más débiles que entre los cristianos, no bastaban para contener la ambición de los unos ni la cólera de los otros; y así como no temía el hijo rebelarse contra el padre, no temía el padre en un momento de arrebató emplear contra el hijo el hierro ni el veneno.

(1) Al subir Abdala al poder, indultó y confirió cargos importantes á los hijos de Heschem, á quienes había mandado empalar su antecesor El Mondhir en el mismo día en que le alcanzó la muerte junto á la fortaleza de Hisn Webde; y al paso que con este hecho se granjeó la voluntad del pueblo, desagradó tanto á su hijo Mohamed, enemistado con los de Heschem, que éste, echando á un lado las atenciones y el respeto debidos á un padre, se levantó contra él al sur de Andalucía, y le amenazó con quitarle la corona si no anulaba la gracia concedida. Larga y empeñada fué aquella guerra; y aunque en ella no lidió personalmente el padre, tuvo que desnudar la espada contra Mohamed su hermano Abdelrhamán, que le quitó en pocos días Sevilla y Carmona, peleó con él en el Aljarafe, le mató el caballo, le hirió, le hizo prisionero y le envenenó, según algunos cronistas árabes, por orden del mismo Abdala, padre de entrambos. Este hecho, sin embargo, no impidió que el amor que profesaba Abdala al niño Abdelrhamán, hijo de ese mismo Mohamed, se lo hiciese preferir para sucesor al mismo vencedor del Aljarafe y fuese la causa del brillante reinado de Abdelrhamán III.

de Andalucía, y Yesid-ben-Yahyah-ben-Sukelah, emir de los verdaderos árabes. Cayeron de improviso estas tropas sobre Cazlona, y dueñas ya de la ciudad, bajaron vencedoras á las campiñas del mediodía dejando derrotado al walí de Jaén en una batalla donde, según la expresión de un poeta, apagaron los soldados del emir con lluvia de sangre la confusa polvareda que levantaron al acometerse las dos huestes (1). Llenos de ardor por tan gran victoria, que puso en sus manos al mismo walí y á otros caudillos enemigos, fueron descendiendo con mayor ímpetu, y tomaron á Huescar, Jaén, Raya, Archidona y todo el país que media desde Elvira á Calatrava. Tuvieron poco después contra sí al mismo Abdala, que salió de Córdoba lleno de despecho al frente de las tropas andaluzas y la caballería asalariada de su guardia; pero no temieron arrostrar su cólera ni su poder á pesar de ser menores en número. Le aguardaron á la falda de las Alpujarras que habían cubierto de castillos, y le presentaron batalla en las márgenes del Darro, donde quedaron,

(1) Este poeta era Said-ben-Soleimán-ben-Gudhi, que cantó esta batalla en un romance que copiamos de Conde:

Ya de la arrancada el polvo	—su hueste de pavor llena;
Todo el cielo se oscurece,	—que densa nube se eleva:
Al encuentro de las lanzas	—tímidos la espalda muestran;
Se abrevan en sus raudales	—que iban de sangre sedientas;
Con lluvia de sangre apagan	—la confusa polvareda:
Ellos atónitos huyen,	—la tierra les viene estrecha,
Pálidos y sin aliento	—luego vienen en cadena.
Pregunta á Suar te dirá	—de la encendida pelea,
Si las índicas espadas	—cercenaban las cabezas,
Despojando á los turbantes	—de bandas y cintas bellas.
Á Beni Alhama pregunta	—cuando su tiempo les llega,
Si chocaron como montes	—de altas cumbres descompuestas:
Allí acabó Dios la gente	—que dejó nuestras banderas,
Y sobre ella volteó	—de la batalla la muela
Con ímpetu arrebatado	—que ninguno de ellos queda.
Á sin razón nos combaten	—con viles estratagemas,
Y caballos y peones	—sus máquinas desordenan.
De Aduán y Cahtán los hijos	—se traban, luchan y estrechan.
Leones los acaudillan,	—rabiosos ansian la presa;
Presas de batallas buscan,	—gloria sin baldón anhelan.
El mejor Cais les conduce,	—su espada sangre destella,
Y entre las huestes camina	—á la altura mas excelsa.

sin embargo, vencidos y perdieron después de grandes esfuerzos á Yesid y al esforzado Suar, cuya cabeza mandó á la corte el emir con la noticia de su victoria (1). No retrocedieron aún: acaudillados por el hermano de Said-ben-Soleimán (2), poeta guerrero que acababa de cantar en llorosas endechas la muerte de Suar, bajaron á la vega de Granada y pasaron á Loja, donde pelearon desesperadamente con el mismo ejército del emir, hasta que herido su jefe cayó en manos de los enemigos. Dirigiéronse llenos de turbación á Elvira; llamaron en su favor á Mohamed-ben-Adheha que poseía á la sazón el castillo y tierra

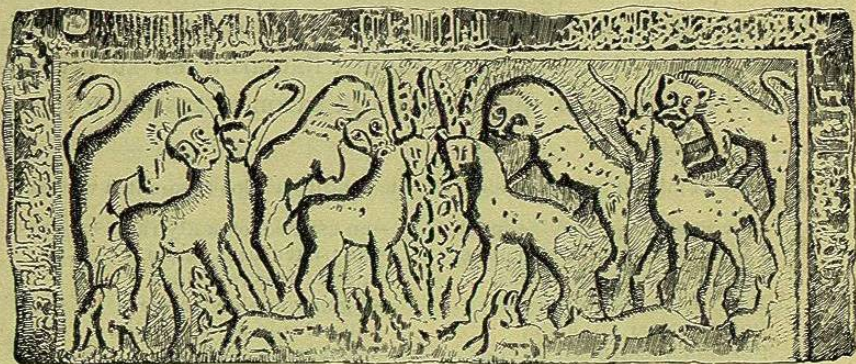
(1) Cantó el mismo Said la muerte de este caudillo en los siguientes versos:

De Suar se quebró la espada	—en esa de sierra Elvira,
La espada que á las hermosas	—de tristes lutos vestía,
La que de mortales ansias	—daba copas repetidas
Y de una misma brindaba	—á gente noble y baldía:
Por solo Suar mil maté,	—que él solo por mil valía,
Por uno nuestro mil de ellos	—es barata mercancía,
Lícito fué matar más	—por igualar la partida.
Nuestras sedientas espadas	—en sus gargantas bebían,
Y sus fuegos apagaron	—en el raudal que corría.
Si nuestras valientes lanzas	—fortuna contraria humilla,
Tambien la columna de ellos	—ó viene al suelo ú vacila.
Consuelo de Abi Sidqui,	—dos siervos de poca estima,
Sangre dellos no colora	—como vil sangre vertida:
Y la nuestra se vengara	—aunque en la poza caía.

(2) Este esclarecido poeta no era menos valiente que el hermano de que ahora hablamos. Retiróse después de esta batalla á Toledo, donde se incorporó con Kaleb-ben-Hafsún: retó algún tiempo después á éste; y viéndose desatendido, le embistió un día en sus reales; le derribó del caballo, y le hubiera sin duda muerto á no haberle detenido los amigos del atacado. Redújose desde entonces á la obediencia de Abdala, y pasó á vivir con los suyos en Elvira, su patria, que recogió su último suspiro. Era este Said-ben-Soleimán, según la crónica árabe, hombre de tanto esfuerzo para pelear como gracioso en el habla y bondadoso de corazón para cuantos infelices se arribaban á su sombra. El Asdi, poeta de los árabes de Elvira, escribió para su losa los versos siguientes:

Aquí yace el fiel amparo	—de los pobres desvalidos,
Que les dió sombra en verano	—y en invierno grato abrigo:
Humilde césped le cubre,	—pero es un césped florido:
Así las rosas lo enramen,	—y al par jazmines crecidos.
Desde que echa el campo flores,	—el bosque hojas, y agua el río;
Desde que el sol resplandece,	—ni hombres ni ángeles han visto
Pecho más noble y gallardo	—que el de Said aquí tendido.
Baña, llanto de mis ojos,	—este sendero de mirtos.

de Alhama; se enriscaron en las ásperas quebradas de Antequera, Granada y Ronda; y mientras no se sintieron con bríos para ir á recoger nuevos laureles en los campos de batalla, se contentaron con ir vengando en sangrientas escaramuzas é inesperadas sorpresas y rebatos la muerte de su anterior caudillo,



PILA ARÁBIGA

á quien hizo degollar Abdala después de haberle cegado con un hierro candente y tenerle durante tres días sufriendo los más atroces castigos. Libres allí en breve de la presencia del emir, cuyo poder estaban amenazando en otra parte de Andalucía sus hermanos Khasem y El-Asbadj y Mohamed su hijo, constituyeron independiente de Córdoba un pequeño reino que comprendía todas las serranías meridionales hasta Gibraltar; construyeron fortalezas en las alturas más inaccesibles, amurallaron algunos pueblos y llegaron por fin á hacerse temibles al mismo Abdala, que no pudo ya pensar en su vida en desalojarlos de sus ventajosas posesiones. Traían de continuo desasosegadas las comarcas vecinas: caían hoy sobre una ciudad, mañana sobre un pueblo; y tenían en constante movimiento las tropas enemigas. Fueron el azote del Mediodía hasta que ocupó el lugar de Abdala Abdelrhámán III, esclarecido príncipe á quien cupo avasallar

con su dulzura y denuedo á todas las tribus rebeldes y llevar la guerra hasta el corazón del reino cristiano del Norte, ensanchado en los emiratos anteriores más por las turbulencias de los árabes que por la poderosa espada de los reyes.

Este joven emir, el primero que tomó en España el nombre de califa (1), después de haber derrotado á Kaleb-ben-Hafsún entre los montes de Toledo y los de Cuenca, pasó con parte de su guardia y la gente de guerra de Córdoba al mediodía del Guadalquivir, y no se detuvo hasta llegar al pié de las sierras que ocupaban aquellos andaluces insurrectos. Creía tal vez deber emplear contra ellos las armas; pero afortunadamente la fama de sus proezas y el recuerdo de su dulzura pudieron más con sus enemigos que sus aprestos militares y la vista de sus banderas vencedoras. Jeques de varias tribus andaluzas fueron espontáneamente á ofrecerle su influjo y sus aceros; presentáronsele uno tras otro los más temidos jefes de las Serranías; se le entregó dentro de corto tiempo el mismo Mohamed-ben-Adheha, régulo de toda la comarca. La cortés afabilidad con que recibió á los jeques y el olvido que manifestó de las pasadas rebeldías, nombrando para destinos importantes á los que primeramente se pusieron á la sombra de su trono, no contribuyeron poco á tan feliz desenlace, que trajo por consecuencia la rendición de Obeidala-ben-Omeya, otro banderizo de Hafsún que había logrado hacerse dueño de Cazlona. Abdelrhámán era uno de esos príncipes que saben cautivar con la generosidad á

(1) Abdelrhámán I, al constituir la España Árabe en un estado independiente del califato de Bagdad, tomó el título de Emir, que equivale á rey ó príncipe temporal, pero no el de Califa ni el de Emir-el-Mumenin, que equivalen al de príncipe de los creyentes ó pontífice. Temió sin duda quebrantar la unidad religiosa tan recomendada por el Alcorán; y así continuaron los árabes de estos reinos reconociendo la silla de su gobierno espiritual en la corte de oriente. Al subir al trono Abdelrhámán III estaba ya el califato de Bagdad en una gran decadencia, y existía por otra parte en África otro emir con el título de califa; y estas consideraciones le movieron á tomarla también para sí y sus descendientes, cosa que fué muy bien recibida por todos los musulmanes españoles. Data pues del advenimiento de este Abdelrhámán el llamado califato de Córdoba, que empezó el día 14 de Octubre del año 912.